

El pasado 29 de enero, día de San Valero, invité a mis dos nietas al teatro: Lucía, seis años; Inés, tres. Fuimos al Teatro del Mercado, donde Caleidoscopio representaba la obra *Garbancito*. A mí, como abuelo, me hacía una grandísima ilusión disfrutar junto a mis nietas de un espectáculo teatral, con la convicción de que tanto ellas como yo íbamos a pasar una hora llena de emociones. Desde la puerta de entrada hasta que nos sentamos ya nos iban entrando unas cosquillas en la barriga que denotaban nuestro nerviosismo por ver a *Garbancito*, ese personaje misterioso que deseábamos ver, oír y sentir. Como entramos muy pronto y la función comenzó unos diez minutos más tarde, no me libré de responder a las preguntas de mis nietas, impacientes porque el acto comenzara ya. Poco a poco las butacas se fueron ocupando hasta completar el aforo. Una cosa me impactó: creo que yo era el único abuelo en la sala; lo pude comprobar cuando dieron la bienvenida a los niños, a sus padres y a sus madres, y no nombraron a los abuelos. Esto me hizo pensar.

Las luces, las sombras y la voz de una maestra de ceremonias nos adentraron en el mundo de la magia; la aparición de los personajes, los paisajes y la música entraban por todos nuestros sentidos. La historia de *Garbancito* se iba haciendo visible ante los espectadores. Los juegos de luces y sombras en conexión con una música estimulante nos despertaban los sentimientos, sobre todo cuando *Garbancito* se nos

hacía presente con sus padres, debajo de las coles, comido por el buey. Hubo un punto álgido en el que oímos y vimos la explosión que, de manera esplendorosa, a través del pedo del buey, liberó a *Garbancito* de aquella enorme barriga, produciendo el momento más impactante de todo el espectáculo, fue como el detonante de un fluir por los avatares del protagonista, que felizmente termina junto a sus padres. Las risas, los aplausos, la canción de *Garbancito*... todo fluía en un mar de emociones.

A mí, como abuelo, me resulta especialmente atractivo disfrutar de una sesión de teatro infantil al lado de mis nietas. Creo que el niño que fui aún vive en mi interior, aunque hayan pasado muchos años. Las caras de asombro que pude ver en mis nietas y en los niños que asistieron al teatro me hacían recordar tantas emociones in-

En el teatro, las emociones fluyen



TEJIENDO PALABRAS

RAFAEL SÁNCHEZ SÁNCHEZ

fantiles como he vivido. Aunque mi infancia no es igual que la de mis nietas ni la de los niños actuales (me refiero a la riqueza material en la que viven) sí que hay algo en común: las emociones que ellos pueden vivir en el teatro en vivo, yo las vivía en la voz y en los gestos de mi abuela y de mi madre que nos contaban, a mi hermano y a mí, cuentos e historias que nos hacían volar la imaginación, abrir los ojos del corazón y entrar en los misterios ocultos al conocimiento infantil.

El arte de narrar historias y suscitar emociones es una necesidad imperiosa para los niños de hoy. Caleidoscopio Teatro, que cuenta con tres grandes artistas, es una compañía con cuarenta años al servicio de las familias y de los niños. Su esencia escénica se ha nutrido gracias a su formación recibida de los mejores artistas del si-

glo pasado en Francia e Inglaterra, además de sus propias experiencias e investigaciones que como grupo siempre están explorando. Azucena Gimeno, Roberto Barra y Vicente Martínez, a quienes tengo el placer de conocer hace unos cuantos años, son unos artistas aragoneses que contribuyen con su trabajo a la construcción de los sueños de los niños, y de los mayores que se atrevan a dejarse asombrar por la ternura de cuentos e historias maravillosas, esas que entran directamente al alma.

A cualquier persona con un mínimo de sensibilidad nos llena de gozo ver cómo el teatro infantil, con una gran riqueza antropológica y pedagógica, enamora el alma y el corazón de los niños, cómo se produce el milagro de conectar lo real con lo irreal, sin ocasionar ninguna perturbación, cómo el niño se abre para recibir con la mayor inocencia el relato, que se expresa en un riquísimo lenguaje, cuya diversidad de voces, sonidos, músicas, gestos y miradas engendran en su interior lo que nacerá para siempre: la necesidad de alimentarnos con el fluir de las emociones que nos suscita el teatro, con la evidencia de que un niño que asiste al teatro será un ser humano que buscará el diálogo con el mundo y consigo mismo, buscando la esencia de su ser y de su existencia.

¡Padres y madres, abuelos y abuelas, llevemos a los niños al teatro! ■

Rafael Sánchez es antropólogo y pedagogo social